

telégrafo (óptico). Anteriormente fué un soberbio chapitel de trescientos pies de altura; ahora es una torre de aspecto lo más extraño y original.

Para quien ignore que cayó un rayo en aquel chapitel en 1768, derrumbándolo entre un incendio que devoró al propio tiempo la techumbre de la iglesia, preséntasele un probléma en aquella enorme torre, que parece militar y eclesiástica á la vez, ruda como un torreón y adornada como un campanario. Ya no quedan tornavoces en las aberturas superiores, ni campanas, ni campanillas, ni martillos de reloj. La torre, aunque coronada todavía por un tejado de ocho caras y de ocho piñones, hállase deteriorada y trancada en su cúspide. Adivínase que está decapitada y muerta. El aire y el sol pasan á través de sus altas ojivas sin vidrieras y sin mameles, como á través de grandes osamentas. No es ya un campanario, sino el esqueleto de un campanario.

Me hallaba, pues, solo en el patio, plantado de algunos árboles, donde se yergue aquel campanil aislado. Dicho patio es el antiguo cementerio.

Estaba contemplando, aunque molestado por el sol, aquella sombría y magnífica ruina, y procuraba leer su historia en su arquitectura y sus desdichas en sus destrozos. Ya sabéis que un edificio me interesa tanto como un hombre. Para mí es en cierto modo una persona cuyas aventuras deseo averiguar.

Estaba allí fantaseando, cuando de pronto oigo á pocos pasos:—¡Caballero! ¡Caballero!—Miro y escucho. Nadie. El patio estaba desierto. Algunos pajarillos gorjeaban en los viejos árboles del cementerio. Una voz, empero, me había llamado; una voz débil, dulce y entrecortada, que resonaba aún en mi oído.

Di algunos pasos y oí otra vez la voz:—¡Caballero! Esta vez me volví rápidamente, y divisé, en el rincón del patio, junto á la puerta, una cara de vieja que

salía de una humbrera. Aquella humbrera, horriblemente deteriorada, dejaba entrever en su interior una miserable habitación.

Junto á la vieja había un viejo.

No he visto en mi vida nada tan decrepito como aquel tabuco, á menos que sea aquella pareja. El interior del cuchitril estaba blanqueado con aquel blanco de cal que recuerda la mortaja, y no veía otros muebles que los dos taburetes donde estaban sentados, mirándome con sus ojillos grises, aquellas dos figuras atezadas, arrugadas, surcadas, que estaban como cubiertas de sepia y betún, y parecían envueltas, mejor que vestidas, en viejos sudarios remendados.

Yo no soy como Salvador Rosa, que decía:

*Mi figuro il sepolcro in ogni loco.*

No obstante, hasta en pleno día, á medio día, bajo aquel cálido y vivificante sol, la aparición me sorprendió un momento, y me pareció oír que me llamaban desde el fondo de una cripta antediluviana, dos espectros de cuatro mil años de edad.

Después de pocos segundos de reflexión, les di quince sueldos. Eran simplemente los porteros del cementerio: Filemón y Baucis.

Filemón, deslumbrado por la moneda de quince sueldos, hizo una horrible mueca de sorpresa y de gozo, y metió la moneda en una especie de bolsón de cuero viejo colgado del muro, *otra injuria de los años*, como decía La Fontaine; y Baucis me dijo, con amable sonrisa:—¿Quiére usted ver el osario?

Esa palabra, *el osario*, despertó en mi espíritu no sé qué vago recuerdo de una cosa que creía saber efectivamente, y respondí:—Con mucho gusto, señora.—Ya me lo figuraba, repuso la vieja. Y añadió:—

Mire usted, ahí está el campanero que se lo enseñará; es cosa digna de verse.—Y así diciendo, puso amistosamente en mi mano su mano tostada, diáfana, palpitante, vellosa y fría como el ala de un murciélago.

El nuevo personaje que acababa de aparecer y que había olido sin duda la moneda de quince sueldos, el campanero, permanecía de pie, á algunos pasos, en la escalera exterior de la torre, cuya puerta acababa de entreabrir.

Era un hombre de unos treinta y seis años, bajo, robusto, gordo, sonrosado y fresco, con todo el aspecto del que vive á expensas de los muertos. Mis dos espectros completábanse con un vampiro.

La vieja me presentó al campanero con cierta pompa:—Este señor inglés desea ver el osario.

El vampiro, sin decir palabra, volvió á subir los pocos peldaños que había bajado, empujó la puerta de la torre y me hizo seña de que le siguiera. Entré. Siempre callado, cerró la puerta tras de mí.

Nos encontramos sumidos en una profunda obscuridad. Sin embargo, había una lamparilla en el rincón de un peldaño, detrás de un grueso adoquín. A la luz de aquella lamparilla, vi encorvarse al campanero y asir un velón. Cuando lo hubo encendido, empezó á bajar los peldaños de una estrecha escalera de caracol, y yo le imité.

Habría bajado como unos diez escalones, cuando me parece que me bajé para pasar una puerta baja y luego subí, guiado siempre por el campanero, dos ó tres escalones; esos detalles no han quedado presentes en mi espíritu; estaba sumido en una especie de ensueño que me hacía andar como un sonámbulo. A un cierto punto el campanero me tendió su mano gruesa y huesosa, y sentí que nuestros pasos resonaban en un entarimado; estábamos en un lugar suma-

mente sombrío, una especie de obscuro subterráneo.

Jamás olvidaré lo que entonces vi.

El campanero, callado é inmóvil, permanecía de pie en medio de la cueva, apoyado en un madero hundido en el suelo, y con la mano izquierda levantaba el velón por encima de su cabeza. Yo miré á nuestro alrededor. Una luz brumosa y difusa alumbraba vagamente la cueva, cuya bóveda ojival distinguía.

De pronto, al dirigir los ojos á la pared, vi que no estábamos solos.

Algunas extrañas figuras, de pie y adosadas al muro, nos rodeaban por todas partes. A la luz de la lámpara las entreveía confusamente á través de aquella niebla que llena los lugares bajos y tenebrosos.

Imaginad un círculo de semblantes horrendos, en cuyo centro estaba yo. Los cuerpos negruzcos y desnudos se sumían y se desvanecían en la noche; pero yo veía distintamente adelantarse fuera de la sombra é inclinarse en cierto modo hacia mí, apiñados los unos contra los otros, una muchedumbre de sinietras ó terribles cabezas que parecían llamarme con sus bocas desmesuradamente abiertas, pero sin voz, y que me miraban con órbitas sin ojos.

¿Qué eran aquellas figuras? Seguramente estatuas. Tomé el velón de manos del campanero, y me acerqué. Eran cadáveres.

En 1793, mientras violábase el cementerio de los reyes en San Dionisio, violóse también el cementerio del pueblo en Burdeos. La realeza y el pueblo son dos soberanos; el populacho los insultó á un tiempo mismo.

Lo que prueba, sea dicho de paso á las personas que no saben esta gramática, que *pueblo* y *populacho* no son sinónimos.

El cementerio de San Miguel, en Burdeos, fué

devastado como los demás. Arrasáronse las sepulturas y se lanzaron al viento todas aquellas cenizas. Cuando la azada llegó cerca de los cimientos de la torre, quedáronse sorprendidos de no hallar ni ataúdes podridos ni vértebras rotas, sino cuerpos enteros, disecados y conservados por la arcilla que los cubría desde tantos años. Esto inspiró la creación de un museo osario. La idea correspondía á la época.

Los chicos de la calle Montfaucón y del camino de Bègles jugaban á la taba con los esparcidos restos del cementerio. Quitáronseles de las manos; se recogieron todos los que pudieron encontrarse, é instalaron aquellos huesos en la cueva inferior del campanil de San Miguel. Hízose con ellos un montón de diez y siete pies de profundidad, sobre el que se construyó un entarimado con balaustrada.

Rematóse el conjunto con los cadáveres tan extrañamente intactos que acababan de desenterrarse. Había setenta, y colocóseles de pie arrimados al muro en el espacio circular reservado entre la balaustrada y la pared. Aquel entarimado era el que resonaba bajo mis pies; andaba sobre aquellos huesos; mirábanme aquellos cadáveres.

Cuando el campanero hubo producido su efecto, pues ese artista pone las cosas en escena como un melodrama, se acercó á mí y dignóse hablarme. Me refirió sus muertos. El vampiro se hizo cicerone. Me parecía oír recitar una guía de museo. En algunos momentos parecía la facundia de un domador de osos.

—Mire usted este, caballero; es el número uno. Aun tiene todos los dientes. Mire qué bien conservado está el número dos; y, no obstante, tiene ya cerca de cuatrocientos años. En cuanto al número tres, parece que respira y que nos oye. No es extraño, apenas hace sesenta años que ha muerto. Es uno de

los más jóvenes de aquí. Sé de algunas personas de la ciudad que le han conocido.

Y prosiguió de este modo su relación, pasando con gracia de un espectro á otro y recitando su lección con imperturbable memoria. Cuando yo le interrumpía con alguna pregunta á mitad de una frase, respondía con su voz natural; luego reanudaba la frase en el mismo lugar en que yo le interrumpiera. De vez en cuando golpeaba los cadáveres con una varilla que llevaba en la mano, y sonaban á cuero como una maleta vacía. ¿Qué es sino el cuerpo del hombre, cuando ha desaparecido la idea, más que una maleta vacía?

No conozco más horrenda revista. Dante y Orcagna no soñaron más lúgubre cosa. Las danzas macabras del puente de Lucerna y del Campo Santo de Pisa no son más que sombras de aquella realidad.

Había una negra suspendida de un clavo por medio de una cuerda que le pasaba por debajo los sobacos, que me sonreía con horrible risa. En un rincón agrupábase toda una familia que murió, según se dice, envenenada por los hongos; eran cuatro: la madre, con la cabeza baja, parecía que procuraba aun calmar á su hijo menor que agonizaba en sus rodillas; el mayor, cuyo perfil había conservado un no sé qué de infantil, apoyaba la frente en el hombro de su padre. Una mujer que había muerto de un cáncer en el seno, doblaba extrañamente el brazo para mostrar su llaga ensanchada por el horrible trabajo de la muerte. A su lado se erguía un gigantesco mozo de cuerda, el cual apostó un día que llevaría dos mil libras desde la puerta Caillau á los Chartrons. Las llevó, ganó la apuesta y murió. El hombre muerto por una apuesta se codeaba con un hombre muerto en duelo. El orificio de la espada

por donde había entrado la muerte era visible todavía á la derecha, en aquel descarnado pecho.

A pocos pasos se retorció un pobre muchacho de quince años que fué, según dicen, enterrado vivo. Parece el colmo del espanto. Aquel espectro sufre, y lucha todavía, al cabo de seiscientos años, con el desaparecido ataúd. Levanta la tapa con el cráneo y la rodilla; aprieta la tabla de encina con el talón y el codo; destrózase contra las paredes las desesperadas uñas, el pecho se dilata, los músculos del cuello se hinchan de un modo espantoso y grita. No se oye ya aquel grito, pero se ve. Es horrible.

El último de los setenta es el más antiguo. Data de ochocientos años atrás. El campanero me hizo observar con alguna complacencia los dientes y los cabellos. Al lado hay un infante.

Cuando me marchaba, vi uno de aquellos fantasmas sentado en el suelo junto á la puerta. Tenía el cuello estirado, alta la cabeza, la boca quejumbrosa, la mano abierta, una pierna y un pie desnudos, y del otro muslo salía una tibia descarnada puesta sobre una piedra como una pierna de palo. Parecía que me pidiese una limosna. Nada tan extraño y misterioso como semejante mendigo en semejante puerta.

¿Qué debía darle? ¿Qué limosna tenía que hacerle? ¿Qué propina hay que dar á los muertos? Yo permanecí largo tiempo inmóvil delante de aquella aparición, y mi meditación convirtiéndose poco á poco en una plegaria.

Cuando uno piensa que todos aquellos fantasmas, hoy encadenados en aquel silencio glacial y en aquellas conmovedoras actitudes, han vivido, han palpitado, han sufrido, han amado; cuando uno piensa que han gozado del espectáculo de la naturaleza, los árboles, el campo, las flores, el sol y la bóveda azul del cielo, en lugar de aquella obscura bóveda; cuando

uno piensa que todos han tenido la juventud, la vida, la belleza, la alegría, el placer, y que han exhalado como nosotros en las fiestas esas largas risotadas llenas de imprudencia y de olvido; cuando uno piensa que han sido lo que somos y que seremos lo que son; cuando uno se encuentra así ¡ay! frente á frente con su porvenir, un sombrío pensamiento penetra en nuestro corazón, y buscáis en vano limitaros á las cosas humanas que poseéis y que se derrumban todas sucesivamente en vuestras manos como si fuesen arena, y os sentís rodar á un abismo.

Para el que considera esos restos humanos con los ojos de la carne, no hay nada tan horrendo. Algunas andrajosas mortajas los cubren apenas; las costillas aparecen al desnudo á través de los desgarrados diafragmas; los dientes son amarillos, las uñas negras, los cabellos son escasos y crespos; la piel es una bandana amarillenta que expele un polvo grisáceo; los músculos que han perdido su forma, las entrañas y los intestinos se revuelven en una especie de hilaza rojiza, de donde penden horribles hilos que devana silenciosamente en aquellas tinieblas la invisible rueda de la muerte. En el fondo del abierto vientre se divisa la columna vertebral.

—¡Qué bien conservados están! ¿Verdad, caballero?, me decía el hombre.

Para quien contempla esas cosas con los ojos del espíritu, nada tan formidable.

Viendo el campanero que se prolongaba mi meditación, salió á paso de lobo y me dejó solo. El velón había quedado en el suelo. Cuando aquel hombre estuvo fuera de allí, me pareció que había desaparecido algo que me molestaba. Y me sentí, por decirlo así, en comunicación directa é íntima con los tristes habitantes de aquella cueva.

Yo miraba con una especie de vértigo aquella

ronda que me rodeaba, inmóvil y convulsiva á un tiempo. Los unos dejaban colgar los brazos, los otros los retorcian; algunos unían las manos. Y es indudable que se pinta en todas aquellas caras que han visto el interior del sepulcro una expresión de terror y de angustia. De cualquier manera que los trate la tumba, el cuerpo de los muertos es terrible.

Para mí, como ya habréis podido entrever, no eran momias, eran fantasmas. Yo veía todas aquellas cabezas vueltas las unas hacia las otras, todas aquellas orejas que parecían escuchar inclinadas hacia todas aquellas bocas que parecían cuchichear, y me parecía que aquellos muertos, arrancados á la tierra y condenados á subsistir, vivían en aquella noche una vida horrenda y eterna, que se hablaban entre la espesa bruma de su calabozo, que se contaban las sombrías aventuras del alma en la tumba, y que se decían en voz baja cosas inexplicables.

¡Qué espantosos diálogos! ¿Qué podían decirse? ¡Oh sima donde la imaginación se pierde! Ellos saben lo que hay detrás de la vida. Conocen el secreto del viaje. Han doblado el promontorio. La gran nube se ha desgarrado para ellos. Nosotros estamos todavía en el país de las conjeturas, de las esperanzas, de las ambiciones, de las pasiones, de todas las locuras que llamamos sabidurías, de todas las quimeras que llamamos verdades. Ellos han entrado en la región de lo infinito, de lo inimitable, de la realidad. Conocen las cosas que son y las únicas cosas que son. Todas las cuestiones que nos preocupan día y noche á nosotros los soñadores, los filósofos; todos los asuntos de nuestras meditaciones sin fin, razón de la vida, objeto de la creación, persistencia del yo, estado ulterior del alma, las saben ya hasta el fondo; de todos nuestros enigmas, saben ya la solución. Conocen el fin de todos nuestros comienzos. ¿Por qué tienen ese terrible

ademán? ¿Quién les imprime esa expresión tan desesperada y tremebunda?

Si nuestros oídos no fuesen tan groseros para oír su palabra; si Dios no hubiese puesto entre ellos y nosotros ese muro infranqueable de la carne y de la vida, ¿qué nos dirían? ¿Qué revelaciones nos harían? ¿Qué consejos nos darían? ¿Saldríamos de sus manos cuerdos ó locos? ¿Qué traen ellos de la tumba?

Sería cosa espantosa, á juzgar por la apariencia de esos espectros. Pero no es más que apariencia, y sería insensato creer en ella. Por mucho que hagamos los soñadores, no desfloramos la superficie de las cosas más que hasta cierta profundidad. La esfera de lo infinito no se deja atravesar por el pensamiento más que el globo terrestre por la sonda.

Las diversas filosofías no son más que pozos artesianos; todas hacen brotar del mismo suelo la misma agua, la misma verdad mezclada con el fango humano y animada por el calor de Dios. Mas ningún pozo, ninguna filosofía alcanza el centro de las cosas. El mismo genio, que es la más poderosa de todas las sondas, no alcanzaría á tocar el núcleo de fuego, el ser, el punto geométrico y místico, centro inefable de la verdad. Nosotros no lograremos jamás hacer salir de la roca más que una gota de agua ó una chispa de fuego.

Empero, meditemos. Golpeemos la roca, cavemos el suelo. Eso es cumplir una ley. Los unos tienen que meditar, así como los otros tienen que labrar.

Y, además, resignémonos. El secreto que quiere arrancar la filosofía, lo guarda la naturaleza. Ahora bien; ¿quién podrá vencerte, oh naturaleza?

Nosotros sólo vemos un lado de las cosas; Dios ve el otro.

Los restos humanos nos asustan cuando los contemplamos; pero no son más que restos, una cosa

vacua, vana y deshabitada. Nos parece que esa ruina nos revela terribles cosas. No. Nos asustan y nada más. ¿Vemos la inteligencia? ¿Vemos el alma? ¿Vemos el espíritu? ¿Sabemos lo que nos diría el espíritu de los muertos, si nos fuera dado entreverlo en su glorioso resplandecimiento? No creamos, pues, en el cuerpo que se desorganiza con horror y que repugna por su destrucción; no creamos en el cadáver, ni en el esqueleto, ni en la momia, y pensemos que, si hay una noche en el sepulcro, hay también una luz. El alma ha ido hacia esa luz, en tanto el cuerpo permanecía en la noche; y el alma contempla esa luz. ¿Qué importa que el cuerpo haga muecas, si el alma sonríe?

Yo estaba sumido en ese caos de ideas. Aquellos muertos que conversaban entre sí no me inspiraban terror alguno; yo me sentía casi á mi gusto entre ellos. De pronto, no sé cómo, repercutió en mi espíritu la idea que en aquel mismo momento, en lo alto de aquella torre de San Miguel, á doscientos pies sobre mi cabeza, por encima de los espectros que se cambiaban en la noche no sé cuáles misteriosas comunicaciones, un telégrafo, pobre máquina de madera manejada por una cuerda, se agitaba entre las nubes, y lanzaba una tras otra, á través del espacio, en la misteriosa lengua que también tiene, todas esas cosas imperceptibles que mañana serán el diario.

Nunca he sentido como en aquel momento la vanidad de todo lo que nos apasiona. ¡Qué poema constituía aquella torre de San Miguel! ¡Qué contraste y qué enseñanzas! En su cúspide, entre la luz y el sol, en medio del azul del cielo, á la vista de la laboriosa multitud que hormiguea por las calles, un telégrafo, que gesticula y se menea como Pasquín en su tablado, explica y detalla minuciosamente todas las miserias de la historia del día y de la política del momento. Espartero que cae, Narváez que se levanta, López

que arroja á Mendizábal, los grandes acontecimientos microscópicos, los infusorios que se hacen dictadores, los volvoces que se hacen tribunos, los vibriones que se hacen tiranos, todas las pequeñeces de que se componen el hombre que pasa y el instante que huye; y, al propio tiempo, en su base, en medio del macizo en que se apoya la torre, en una cripta en donde no llega ni un rayo de luz, ni un rumor, un consejo de espectros, sentados al rededor de las tinieblas, habla en voz baja de la tumba y la eternidad.